

**GEORGE GRODDECK.
ESTUDIOS PSICOANALÍTICOS SOBRE ARTE Y LITERATURA.
(pp 21 – 41)**

EL HIJO

Brigitte vivía unida con amor y veneración a la memoria de su padre. Este, que había sido germanista, con infatigable diligencia había logrado reunir un acopio de saber que legó en herencia a su talentosa hija. En este entusiasta y apasionante idealista, que poseía además el sello de la humana simpatía, todo formábase con absoluta pureza; su inagotable bondad le había ganado un vasto círculo de amigos. Para Wolfgang nunca resultaba bastante todo lo que escuchaba relatar acerca de este hombre; sus ideas y pensamientos iban se formando de conformidad con aquel; y aunque todavía era demasiado pequeño para comprender toda la significación de aquel hombre, estaba empero, lo suficientemente crecido como para ver la belleza que envolvía el rostro de su madre cuando hablaba del abuelo. Esa transfigurada belleza lo fascinaba. Con toda claridad se representaba aquella vez en que el hombre venerado caminaba arriba y abajo, recto de figura y con la mayor dignidad, bajo el alero de la casa, con las manos a la espalda y contemplando la lluvia. Una antigua criada que acertaba a pasar por allí lo saludó cariñosamente: “Oh, mi querido pollito, ¿qué estás haciendo aquí?” a lo cual él replicó con airadas palabras: “Nada de querido pollito. Yo soy el señor Profesor Hildebrand.

Wolfgang, entre tanto, había ido creciendo hacia una mayor libertad de movimiento para cuyo ejercicio la espaciosa mansión le brindaba amplia oportunidad. La anchurosa campiña estimulaba la fuerza de la imaginación. La antigua puerta de calle hecha de madera de roble y dotada de un poderoso picaporte, evocaba la puerta de la prisión o la pesada puerta de la aldea. La tenebrosa escalera abovedada que bajo la saliente de granito descendía hasta la cocina y el sótano y dentro de la cual las voces resonaban secreta y lúgubrememente, muy bien podía conducir también a una húmeda mazmorra. El empinado reloj gótico atraía sobre sí las miradas. Para los niños era una verdadera fiesta cuando el anciano relojero cojo, de puntiaguda nariz y gruesas gafas de concha, llegaba a levantar las relucientes pesas del reloj. Una espaciosa escalera atravesaba los pisos de la mansión; y era especialmente placentero lanzar desde las alturas del piso superior carozos de cereza sobre los transeúntes que pasaban por abajo, o bien deslizarse, para espanto de la madre, a horcajadas sobre la baranda de madera. Otra diversión la constituía al recorrer, de la mano materna, la serie de habitaciones habitualmente muy bien cerradas para prevenir el desastroso efecto del ir y venir de los niños. Grabados en cobre conforme al modelo de las obras maestras del renacimiento, decoraban los muros; graves sibilas y sonrientes madonas saludaban el paso de los niños, y desde los armarios y desde los anaqueles de la chimenea contemplaban las cabezas de los antiguos dioses, despertados en el hogar paterno a nueva vida, colocados en aquella nueva elevación olímpica. Por todas partes ejercía su sereno dominio el espíritu de la época goetheana, y no sin razón llamaba Frau Brigitte su biblia personal a aquel reducido volumen de canciones de Goethe que adornaba su mesa de costura.

SOBRE EL LENGUAJE

Claro está que ustedes no esperarán que yo les brinde en estas conferencias una imagen acabada de nuestra época. Seguramente quedarán ustedes desengañados sin esperar de mí alguna cosa nueva. Lo que yo me propongo ofrecer está, por así decirlo, a la vista de todos, y cada uno puede verlo, acaso mejor, pero seguramente de una manera diferente de la mía. De todos modos vale la pena contemplar lo público y notorio según lo ven los ojos de un extraño, y si de todo ello no resulta más que una vehemente lucha de opiniones, para mí ya es bastante.

Con lo cual quedo instalado en el centro de mi tema de esta tarde. Para intercambiar opiniones o puntos de vista es de todo punto necesario hablar, y acerca de nuestro hablar deseo entretenerlos brevemente.

Todos los días y hora tras hora nos servimos de un instrumento, o sea del lenguaje, el cual se ha convertido para nosotros en algo tan sobreentendido que apenas si reflexionamos acerca de lo que realmente sucede con este tipo de instrumento, exactamente como usamos el pañuelo sin investigar qué antigüedad tiene esa costumbre ni de dónde proviene. Tal es el curso de las cosas de uso cotidiano.

Pero hay algo que resulta claro sin más ni más, a saber: el lenguaje es el vehículo de la cultura. Es la condición fundamental del trato entre los hombres. El lenguaje ha creado las religiones y el arte, ha construido los caminos y difundido el comercio por el mundo. Es verdaderamente el medio para transformar los pensamientos en acción, y es sin duda el que convoca los pensamientos a perdurable fecundidad. La agricultura es, sin el recurso del lenguaje, tan impensable como lo es la misma filosofía, la comodidad del hogar; y hasta la casa misma está levantada por él; todos los hechos, todos los pensamientos y sentimientos, hasta el amor y el odio, hasta Dios y la naturaleza, dependen del lenguaje. Todo esto resulta comprensible por sí mismo. Pero yo les pido ahora que echen una vez más la mirada por el contorno y que con mirada y pensamiento procuren dar de la forma más aguda posible con la representación de todo lo que el lenguaje es. Quisiera que aunque sólo fuese por un instante cada uno de ustedes se abandonara a la contemplación de esta maravilla. Cuanto mayor sea la audacia con que permitan moverse a la fantasía, con tanta mayor celeridad su vuelo sobreparará el mundo, y ello resultará tanto más beneficioso para nuestra inteligencia.

Por ello pido ahora que no pierdan de vista la contradicción, la contradicción consistente en la acción entorpecedora que ejerce el lenguaje sobre la cultura, y las trabas indisolubles con las cuales el lenguaje encadena nuestro pensar y nuestro obrar. Ya todos conocen aquello de que el hombre tiene el lenguaje para ocultar sus pensamientos. Al respecto cada uno puede pensar como le plazca. Pero algo muy diferente es saber si el lenguaje es, en términos generales, capaz de expresar pensamientos. Por propia experiencia todos sabemos que no lo puede, que precisamente no puede expresar aquellos pensamientos más valiosos y profundos. Ello ha sido sabiamente dispuesto por la misma naturaleza, ya que lo más profundo y lo más recóndito solo pertenece al hombre. El pensar más propio del hombre carece de palabras, es subterráneo, inconsciente y la lucha de la fuerza plasmadora entablada con esta naturaleza muda constituye la vida interior del hombre. La muda interioridad es, por lo demás, lo propiamente humano, se le denomine alma, espíritu o lo que se quiera. A todos es común lo general, es decir, aquello que constituye a los hombres; pero la facultad de dar forma es lo que constituye el valor del hombre. Lo que esta interioridad suya puede comunicar, lo que puede convertir en algo viviente y operante, y lo valioso que puede resultar lo así plasmado, es lo que diferencia lo grande de lo pequeño y lo que diferencia al poeta, sin duda el más grande de todos los mortales del pueblo. Pero aún el más eminente de todos los poetas sólo puede reducir a palabras una mínima parte de su pensamiento; lo mejor de sí permanece mudo al igual que en todos los demás, y peca contra ello cuántas veces intenta revelarlo. Eso es sencillamente impúdico. Se perdería a sí mismo y dejaría de existir como ser particular, si pudiera entregarse por completo. Tal como se ha dicho, existe allí por obra del lenguaje una traba que reprime saludablemente. Si, la naturaleza teme de tal forma el mostrarse como es realmente que no permite pensar la vida interior en palabras, ni tan siquiera en palabras mudas. Repentinamente aparece allí algo que nadie sabe de dónde ha llegado. La vida es un abismo de impenetrable oscuridad de cuyo seno emergen formas. Y así como las mariposas pierden su belleza tan pronto como nuestro dedo las toca, así también los pensamientos, cuando son plasmados en palabras. Si algo de esta interioridad ha de ser comunicado —lo cual sucede especialmente en el trato del hombre y la mujer— lo que aparece son gestos, un roce de manos, el resplandor de una mirada, tal vez la manifestación de un sonido, incluso hasta la música, pero nunca el lenguaje. La barrera es insuperable.

Pero lo innegable es que el hombre no puede reducir su esencia a palabras; hace ya mucho tiempo que el hablar no lo capacita para expresar la verdad. Y si se da un solo paso más, es preciso entonces reconocer que en el hablar ya está oculto el falseamiento de la verdad. Nosotros hablamos de un trozo de pan, de un vaso de agua, de un cuadro, de una estrella, tal como si se tratara de cosas en reposo con límites bien determinados. Pero eso es un error. Todas estas cosas no existen como cosas individuales; tampoco las percibimos como

algo individual. Cuando vemos un vaso de agua, simultáneamente estamos viendo la mesa sobre la que está colocado, o la mano que lo sostiene, la habitación en la que la mesa tiene su lugar, o al hombre a quien la mano pertenece. O bien esta otra representación: el trozo de pan es un trozo de pan, ciertamente. Todo el mundo lo sabe y lo dice. Pero dejen ustedes, ese trozo de pan allí por espacio de solo dos días. Para nosotros seguirá siendo siempre un trozo de pan, aunque en el ínterin haya cambiado; para los más embotados sentidos ese trozo de pan se ha modificado. Se ha puesto duro y seco, se ha recubierto de moho. A pesar de todo cada uno de nosotros dice que se trata del trozo de pan que habíamos dejado en el lugar. Pero. ¿es eso verdad? No. Basta, nada más con tocarlo, o con hincarle el diente para caer en la cuenta de que no se trata del mismo pan. Entonces nos valemos de una excusa y decimos: se ha puesto viejo. No hay duda, pero. ¿Qué quiere decir eso de que se ha puesto viejo? ¿Cuándo y en qué momento se ha puesto viejo? ¿hoy se ha puesto viejo? ¿Ayer? No; ha envejecido paulatinamente. ¿Paulatinamente? ¿Pero cuando he empezado todo esto?. Todas estas preguntas son legítimas, y la respuesta por último suena así: propiamente jamás ha comenzado a envejecer. Ha ido cambiando constante, ininterrumpidamente; ni fue durante el más reducido fragmento de un segundo, ni aún en el momento en que lo tuvimos en la mano, sino que ha ido modificándose sin parar por efecto de fuerzas totalmente determinadas que en él viven y lo mantienen en conexión con el Todo. Sí; y entonces comprendemos de inmediato: el pan existe como ser individual sólo porque nosotros le damos un nombre, porque de manera arbitraria y alevosa lo arrancamos del contexto, porque hablamos de él.

De este modo estamos ya frente al hecho de que toda palabra de nuestro lenguaje —ya sea que adquiera sonido a través de la boca o se haya formado mudamente en el cerebro— es una mentira que violenta los hechos y nos lleva a observar y pensar equivocadamente el mundo, dado que lo sucedido con el pan sucede también con el agua, la cual ni un solo instante deja de evaporarse, o de tornarse más fría o más cálida, y en la cual ininterrumpidamente cae el polvo y la luz y las ondas de electricidad. Del agua extraemos una gota, la depositamos bajo el microscopio, y asombrados interrogamos: ¿pero es esto la misma agua, el agua que yo bebo? Hay allí miles y miles de seres vivos que luchan, aman, respiran, se alimentan, mueren y nacen. O tomemos por ejemplo un cuadro. Nos colocamos frente a él y lo contemplamos. ¡Que oscuro parece! El pintor lo ha hecho mal, lo ha pintado todo borroso, mezclado y sin vida. Aquí surge una línea demasiado dura. Allá un montón de carne informe. Y en ese mismo momento entra por la ventana un rayo de luz que cae sobre el cuadro. El cuadro es el mismo, no lo han cambiado. Pero ¿qué ha sucedido entonces? Repentinamente es otro: reluciente, poblado de vívidos colores, triunfante surge el arte ante nosotros. Un poco de sol ha bastado para demostrarnos que el cuadro en modo alguno estaba desconectado de todo, que en realidad está en conexión con el mundo, y que nuestro lenguaje ha pretendido hacernos creer otra cosa. O bien tomemos una estrella. Veámosla lucir en lo alto del cielo. Todos sabemos que la estrella cambia sin cesar. Hace millones de años no era más que una nebulosa; dentro de millones de años se habrá extinguido. Sí; probablemente en este mismo instante ha dejado de ser una estrella luminosa; nosotros solo vemos la luz que hace miles de años se desprendió de ella, cuando existía, cuando todavía irradiaba luz. El lenguaje miente, está obligado a mentir; el hecho radica en su propia naturaleza humana. Desde esta perspectiva es comprensible para todos aquella célebre contestación que dio Cristo al romano: la verdad, no está en el cielo ni en la tierra, ni entre el cielo y la tierra. En la esencia del lenguaje radica el que éste sea impreciso y que además falsee; si, el hecho radica en la naturaleza del hombre,. Pero también radica en la esencia del hombre —y cuanto más noble sea esta tanto mejor— la facultad de enmendar esta imprecisión del lenguaje, de hacerlo más verdadero. Esto vale sobre todo para el hablar mudo, para el hablar consigo mismo, o sea, el pensar. Entre nosotros los alemanes ha vivido un hombre que con la misma ejemplaridad que tuvo en todo, también reconoció y señaló este hecho con toda claridad. Me refiero a Goethe. Una expresión que por escrito y verbalmente no se cansa de repetir, y conforme a la cual acaso fue él el único hombre que trató de vivir conscientemente, dice así: *Cada cosa debe ser considerada como parte de una totalidad*. Ved en la parte el todo, en el todo la parte. —He aquí los caminos de la investigación. Toma la cosa que tienes delante de los ojos: considérala y examínala desde todos los lados, considérala como un todo; pero una vez que hayas hecho esto acuérdate de que este aparente todo sólo es una parte, un miembro dependiente. Cuando te propones investigar un brazo no te preocupes de que tal brazo pertenece a un cuerpo; procura concebirlo y entenderlo como un ser aislado. Pero después no dejes de recordar que ese brazo nada es sin el hombre al

cual pertenece, y que ese hombre es una parte de sus padres, y que esos padres se han formado de la carne de los animales y de los frutos del bosque, y que el rayo del sol despierta los frutos y calientan los animales, y que el sol gira en los mundos alrededor de otros soles y que recibe su existencia de otras estrellas.

Claro está que ahora pueden decir que esto no son más que historias viejas que todo el mundo conoce, y que para todo ellos no era necesario evocar al viejo Goethe. Todos lo sabemos, desde luego. Lo sabemos pero no vivimos de conformidad con ello. Y vivir con arreglo a todo ello es precisamente la meta, la inalcanzable y, sin embargo tan necesaria meta. Sentir cada cosa como parte, sentirse uno mismo como parte, es lo que nadie puede. Y sin embargo ese es el camino hacia la verdad, el único camino, el camino que debemos transitar y que transitaremos. Pero no es fácil porque ¿quién de nosotros en este momento ya sea que su mirada contemple una taza o este mantel, a su vecino o a mí, quién, digo, ve en esta taza, en esta tela, en este hombre a la totalidad del mundo?. Nadie. Nadie ni siquiera lo intenta, no obstante, es necesario hacerlo. Y sin duda ese tratar modificará el mundo entero, el mundo interior, la religión y la ciencia. Y Goethe lo ha ensayado.

Con la vocación de investigador que poseyó Goethe ha sucedido algo extraño. La ciencia de su época lo rechazó por considerarlo un diletante, incluso un diletante inoportuno, y hasta hace algo más de medio siglo se dejaban de lado sus escritos de carácter científico como algo absurdo. Después se puso de moda el ponderarlo como precursor de Darwin, aunque desde luego está muy por debajo del sabio británico. Sin embargo, paulatinamente se va comprendiendo que fue algo más que un mero precursor, y entonces captamos el sentido de aquella expresión del fisiólogo Müller, quien por los años treinta osó declarar, pese a los sarcasmos de la mayoría, que Goethe era más grande como investigador de la naturaleza que como poeta. Sí; ahora ya estamos en condiciones de vislumbrar lo que los siglos venideros dirán con toda razón de Goethe, a saber, que fue uno de los más grandes investigadores de todos los tiempos. Le señaló a la ciencia un nuevo camino, enseñándola a contemplar la parte en el todo, a concebir la aparente totalidad como símbolo del universo, a ver en una flor, en un animal, en un guijarro, en el ojo humano —que simboliza al Sol— al mundo entero, para entonces a partir de esa flor y de este guijarro, pensar evolutivamente el mundo, es decir, crearlo de nuevo, no investigar las cosas sobre la base de la desintegración, sino contemplarlas en el todo. Tal es el camino que Goethe señaló a la ciencia, la cual habría de producir, siguiendo el hilo de una investigación que hasta entonces no se conocía ni se había ensayado, prodigios tales como los que ya —apenas pisado aquel camino— transforman las leyendas en la verdad. Vemos pues cómo se confirma en la teoría de las radiaciones, la antigua leyenda de los hindúes relativa a la luz diferente que se desprende de los seres, y cómo la transformación de los metales en otros metales materializa el sueño de los alquimistas y buscadores de oro. Goethe ha señalado nuevos caminos a la vida. La antigua concepción del mundo que veía en el hombre la cumbre de la Creación, desaparecerá para que nazca una nueva vida con una nueva religión. Lo que ahora llamamos cristianismo —la doctrina de los pecados del hombre y la redención— desaparece, porque el hombre nada es en sí mismo, solo existe como parte dependiente. De nuevo podrá decirse que esto de contemplar el todo en la parte, y saber que el hombre nada es ya lo han sabido antes de Goethe miles de hombres, y a pesar de eso el mundo ha seguido andando. La sabiduría goetheana es antiquísima, es más antigua que los muros asirios. Y es verdad. Miles lo han sabido antes de que Goethe, pero ninguno ha hecho la tentativa de transformar esos pensamientos en acción, de ponerlos por obra, de vivir conforme a ellos. Y ahora tomemos algo de la vida de Goethe, un día cualquiera de su vida, una palabra cualquiera, cualquier poema o expresión de conocimiento. En todas partes nos encontraremos con la tentativa de atisbar en la parte el todo, de exhibir la aparente totalidad como una parte. Nunca echó en el olvido que estaba en medio de un mundo y que, como producto de ese mundo, ejercía sobre éste su acción refleja. En cualquier ocasión en que se manifiesta a sí mismo, brindando su más recóndita interioridad, topamos siempre con esta expresión: Se objetivo. Algunas veces hasta podría creerse, al hallarnos con esa expresión que significa el más alto grado de auto desprendimiento, que existe un parentesco entre él y los pensadores hindúes que aspiran a esa misma meta de objetivación, de crear distancia, de des-humanizarse. Pero el hindú aspira a salir del mundo para alcanzar su meta, mientras que Goethe se lanza dentro del mundo, en la plena vida para tratar de objetivarla, sin ser nunca un negador del mundo, sino mostrándose siempre y viviente, acaso el más viviente de todos los tiempos.

No se maravillen ustedes de que yo hable de manera tan enfática. Me he propuesto presentar las corrientes de la época moderna, y la primera palabra le corresponde por derecho a este hombre en quien se encarna la aspiración de la modernidad hacia la objetivación, hacia una nueva concepción del mundo que no considera al hombre como Dios, y en quién se encarna nuestra religión venidera, la que ha de llegar y no en un largo plazo; es un hecho seguro.

Claro está que no pretendo sostener que Goethe, fue un hombre objetivo. En términos generales eso no es posible; todo hombre es subjetivo, ninguno puede prescindir de sí mismo, pero debe intentarlo. .Y quién lo intenta, aunque sea por un momento al punto se percata de lo difícil que ello resulta, y comprende que semejante tentativa está en condiciones de purificar al hombre en el seno de mil llamas y de transformar su interioridad. A esta aspiración no sólo la contradicen la arrogancia del hombre, artificialmente formada, con su creencia en la inmortalidad y la bienaventuranza eterna, sino que también se lo oponen todas nuestras costumbres, todo nuestro pensar y nuestro sentir, nuestra vida entera, sobre todo nuestro lenguaje.

Y con esto retorno a mi punto de vista de que el lenguaje entorpece y obstaculiza la cultura. Consideren ustedes ahora, por un momento, que el lenguaje tiene una palabra que se denomina el Yo, una palabra que resuena por todas partes y que atraviesa y señorea nuestra vida. Y luego procuren comprender de qué clase de Yo se trata. Hagan la tentativa de comprender este Yo, de separarlo, de concebirlo como algo aislado. Y entonces podrán comprobar que el asunto no camina. No existe ningún yo; y es una mentira, una desfiguración, cuando se dice: yo pienso, yo vivo. Más bien debiera decirse: ello piensa, ello vive. Ello, es decir: el gran misterio del mundo. No existe ningún Yo. La ciencia hace ya mucho tiempo que lo demostró, incluso a las almas pedantes, desde que supo que ese Yo está compuesto de millones de yoes más pequeños. Si, actualmente todos los días aporta una prueba de que la sangre que circula en nosotros es un ser tan independiente como el Yo en el cual circula, y que el hombre es tan dependiente y tan inseparable del Todo como la sangre lo es del hombre. Diariamente prueba la ciencia que cada órgano, el cerebro, el corazón, cada glándula del cuerpo, cada célula posee su propia voluntad y su propia inteligencia, pero que, sin embargo, no es sino una parte que es accionada a través del todo y que a su vez acciona sobre todo. Todo fluye. No existe, a decir verdad, ningún Yo. No se trata más que de una no verdad del lenguaje y, por desgracia, de carácter funesto, ya que nadie puede desembarazarse de esta palabra Yo.

Nos hallamos aquí frente a un profundo misterio de la naturaleza que no consiente interpretación. La conciencia primaria unida completamente con el hombre, es la conciencia de ser un ser individual, un Yo. La inteligencia, la ciencia, la religión, pueden probar irrefutablemente que todo ello es una ilusión, pero el hombre antes permitirá que le arranquen la piel íntegra para seguir viviendo desollado, que dejar por un instante de sentirse como un todo, como una individualidad, como un Yo. Ello está arraigado en la naturaleza del hombre, es una peculiaridad suya, así como la forma esférica de su cabeza o la configuración de su mano. Y todos sabemos que en la autoconciencia radica una poderosa fuerza del hombre, hasta podría decirse que en el esfuerzo por dar de sí prueba en el mundo, y en la lucha por la vigencia de la propia individualidad se cifra todo el contenido de la vida. Cuanto más drástica es la separación entre el hombre y mundo donde vive con los demás hombres, tanto más es lo que produce, tanto más eleva ese Yo destacándolo de todos los restantes, tanto más enérgico es su comportamiento y mayor la fuerza que contribuye a desarrollar en los otros.

Ahora bien, con esta conciencia del Yo, con este impulso de la naturaleza, sucede como con todos los instintos del alma humana. Al igual que con un brote de una planta que tira desmesuradamente hacia lo alto, aquel instinto debe ser contenido, debe ser podado, a fin de que no perturbe la armonía del hombre. Así, el hambre de felicidad y fortuna es la fuerza más recóndita del alma femenina; y el no saber dominarla es la causa más profunda del sufrimiento de la mujer. El instinto de autoconservación constituye la protección y defensa de la vida, pero desenfrenado degenera en temor. La fuerza del instinto es algo monstruoso, elemental; fomentarla artificialmente significa aniquilar el todo en beneficio de la parte. Este serio enfoque nos ilustra acerca de las fallas de nuestra educación, cuando nos muestra preventivamente el peligro que amenaza. Contra este peligro la vida se defiende, y también lo hace en no escasa medida, su instrumento que es el lenguaje. Junto al ansia, al hambre de dicha colocó la histeria; denominaciones tales

como glotón, libertino, borracho, cobarde, marcan a fuego a todo el que sigue ciegamente la fuerza de la naturaleza. Honor, obediencia, aplicación, abnegación, son palabras que representan una cadena que traba las fuerzas elementales. También se ha procurado subyugar de múltiples maneras la conciencia del Yo, y así, denominaciones tales como egoísmo y otras de la misma especie, no son sino agudos, vocablos infamantes dentro del lenguaje. ¡Pero cuán poco pueden todas ellas contra la palabra yo! Frente a esta palabra todas se desintegran; el alma del hombre está sobresaturada de la conciencia de su personalidad, saturada de fe en sí misma y de la creencia en su personal importancia. Cada hombre se considera el centro del universo. Así está organizada su naturaleza. Pero también la humanidad tiene conciencia de esta falacia del lenguaje, acaso la más perniciosa de todas. El autodesprendimiento vale universalmente como la virtud más sublime; y como tal fue afirmada cuantas veces el hombre ha querido ennoblecerse a sí mismo.

En las dos cumbres más altas alcanzadas por la religión, o sea, en el cristianismo y, en proporción mayor, en el budismo, el autodesprendimiento, el apartamiento del propio Yo, se sitúa como meta de toda aspiración. Ahora bien, el budismo, al cual precisamente he caracterizado como una intuición que se propaga de manera creciente —ya que no se limita tan solo al hombre, sino que también abarca los animales— el budismo, digo, o por lo menos sus ideas fundamentales, día a día, gana más adeptos en el alma del hombre occidental, en el europeo. Pero en nuestra época el cristianismo mantiene siempre su carácter normativo, y muy en especial el dogma, tal y como paulatinamente se ha desarrollado a partir del mezquino estado de ánimo fundamental del hombre oprimido, o sea el dogma de la inmortalidad del Yo y el referente a la celestial remuneración o a los eternos castigos en que puede incurrir el susodicho Yo. Se trata de una doctrina funesta. Esta doctrina no refrena los impulsos elementales del Yo, sino que los ha hecho convertirse en un poder aterrador; en verdad a roído —tal como se teme con toda razón— la energía interior de las naciones. En otro contexto probablemente tendré ocasión de volver sobre este particular, ya que la idea de la posición central que ocupa el hombre, con sus intuiciones acerca del Dios que solo tiene en consideración el bienestar del hombre, y acerca del dominio universal del hombre y del sacrificio de Dios en obsequio del hombre, en fin, ya que todo esto sigue siendo el punto en torno al cual giran el acontecer y el pensamiento. Aquí resultan suficientes las pocas palabras que acabo de pronunciar para caracterizar mi posición de menosprecio frente a esta arrogancia del Yo humano exaltado a categoría de demencia.

Desearía llamar la atención tan solo sobre un aspecto. Una de las diferencias capitales del mundo moderno frente a la Edad Antigua es la posición que ocupa la religión con respecto a la naturaleza. El griego por donde quiera veía a Dios. Para él la naturaleza era algo digno de la más alta veneración, algo que daba origen al temor. Nosotros los modernos, con nuestra desnuda falta de escrúpulos, en modo alguno podemos comprender por qué el griego de la buena época observaba tan extrañas costumbres cuando tenía que talar un árbol o cazar un animal. Nosotros esbozamos una sonrisa ante semejante temor supersticioso. Solo que, por desgracia, nosotros hemos perdido junto con el temor también todo temor reverencial. Toda nuestra relación con la naturaleza no es otra que la del explotador frente a lo explotado, ya que el sentimiento de naturaleza que abrigamos, siempre de índole sentimental, no es tampoco un sentimiento santo de temor, sino más bien un considerar y un palpar inoportunos regido por un flujo retórico de palabras. La naturaleza nos ha sido des-divinizada. A ello debemos, ciertamente, todo nuestro progreso técnico, pero en cambio hemos perdido en cultura, en interno valor anímico. El hombre antiguo nunca se imaginó ser el centro del mundo, ser el dominador de la Tierra bajo ningún concepto, sino todo lo contrario. Y además observen ustedes el hecho llamativo de que las lenguas antiguas expresan el Yo solo a través de la forma en que termina el verbo. Para nosotros el Yo del lenguaje se ha convertido en un obstáculo apenas superable para reconocer la insignificancia del individuo hombre y empapar la vida, la religión y a la creación poética del santo temor de la naturaleza. Quien contemple sagazmente la Europa moderna sin duda se espantará ante la falta de cultura que nos aqueja, por mucho que pueda admirar el refinamiento de la civilización. Lo único que se puede denominar un punto de arranque hacia la cultura, es decir el Renacimiento, vio la luz en el seno de un pueblo que persiste todavía en el uso de los antiguos, y en el cual la palabra *io* resulta poco menos que desconocida. Y aún en nuestros días se establece en el seno del repudiable y corrupto pueblo de los italianos una relación con la naturaleza que a nosotros los alemanes muy bien, puede parecernos tosca, bárbara, despreciable pero que, sin embargo, revela todavía la naturaleza-Dios.

Vuelvo a utilizar una expresión goetheana: la Naturaleza-Dios. Deliberadamente empalmo una vez más con este hombre, dado que nuestra relación con la naturaleza comienza a cambiar. Un nuevo mundo se abre ante nosotros, un mundo en cuyo seno puede nacer una cultura en la cual la Naturaleza-Dios hallará profunda reverencia; ese sentimiento del que apenas solo conocemos el nombre. Si existe algo que pueda reconciliar con la vida, la cual no deja respiro con su apresuramiento y afán de dinero, ese algo no es otra cosa, sino la contemplación de esta apacible corriente de reverenciosa inclinación hacia la naturaleza-Dios.

Pero desde luego no hay que subestimar los obstáculos, los escollos, los desiertos de arena y los cenagales que se interponen en la corriente. En especial, es preciso no subestimar la fuerza poderosa de la herencia lingüística. No es tan solo la mentira del Yo la que nos detiene; ya he dicho más arriba que esta mentira está sentada en la naturaleza del hombre. Esa mentira no puede ser jamás superada, y ni siquiera hace falta que lo sea, dado que lo que humanamente pertenece al hombre está por lo tanto, justificado y puede exigir especial consideración. Pero sobre nosotros pesan hereditariamente palabras que son elocuentes mentiras y producto de la falta de conocimiento, a las que además identificamos como mentiras, y que sin embargo están tan firmemente arraigadas en el lenguaje que ya no nos es posible prescindir de ellas y que, por lo demás, nos llenamos de admiración cuando fortuitamente caemos en la cuenta de que son mentiras. Piensen ustedes, por ejemplo, en la palabra *cielo*. ¡Cuántas cosas de valor cultural, de valor dinámico, de valor vital, no dependen de esta palabra tan engañosa! Calcada en el alma del niño, dicha palabra se fija de manera inextirpable en nuestra más recóndita interioridad, por lo que resulta imposible de exterminar, y rebrota sin cesar produciendo nuevas y perniciosas malezas. O bien tomemos la palabra *alma*, palabra que desgarró al hombre en dos partes, herencia verdaderamente espantable, azote que cada vez devora más nuestras vidas. Apenas consigo imaginar una hazaña mayor que la de escribir la historia de semejante palabra. Es de todo punto tarea imposible, lo comprendo bien, ya que como nadie puede ver sus propios ojos, tampoco nadie puede imaginar acabadamente esa palabra, *alma*. Pero sí podemos decir que la creencia en el alma, o sea, la creencia en algo que de la manera más sublime existe en la imaginación, es el fundamento sobre el que se ha construido toda la vida moderna. Pero esto no siempre fue así. La Antigüedad pensaba de un modo diferente. Los asiáticos piensan a su vez de otra manera. Pero nosotros en vano, nos fatigaremos por sacudir esta pesadilla que pesa sobre nuestra existencia, en razón de que el lenguaje la ha fijado para toda la eternidad de nuestro existir.

¿Acaso desean ustedes más ejemplos? Tomen entonces la palabra *átomo*, sobre la cual reposa nuestra ciencia. Se trata de una mentira absoluta, de una ridiculez que ni siquiera es posible concebir; ¡cómo podría algo resultar indivisible! O bien consideremos la palabra *vida*. Algo vive; sí, y además sabemos que no hay nada más que lo viviente, que la piedra es tan viviente como el pájaro que sobre ella se posa. Hablamos de la muerte y le tememos, pero sabemos que la muerte no existe. Hablamos además de los cinco sentidos y hace ya mucho tiempo que sabemos que existen algunos más. Hablamos de pueblos de vida sedentaria pero, sin embargo, sabemos que los europeos constituyen un pueblo nómada. A nosotros mismos nos damos la denominación de alemanes y llamamos austriacos, suizos u holandeses a nuestros vecinos, no obstante, hablamos el mismo lenguaje, somos de la misma raza, somos primos y hermanos. Ya estamos en condiciones de adelantar que trágicos efectos ha de tener esta risible locura de darnos el nombre de alemanes, y lo mismo sucede con el nombre de belga o de ruso. El hecho de que no podamos comprender bien lo que realmente sucede en el imperio zarista radica en buena parte en que nosotros, seducidos por el lenguaje, nos imaginamos a los rusos como un pueblo unitario. Además, se observa allí un abigarramiento mayor que en el Imperio romano de tiempo de Augusto, un verdadero caos de razas y pueblos, un babilónico galimatías de diferentes lenguas.

Ustedes, sin duda se preguntarán admirados, qué tendrán que ver todas estas secas y discutibles consideraciones sobre el hablar, con las corrientes de la época moderna. Más siguiendo esa vía lo que he procurado es crear una base sobre la que, de un modo de otro, pueda continuarse construyendo. Ya he declarado mi convicción de que estamos ante la aparición de una nueva cultura, ante la tentativa de restablecer la armonía entre hombres y naturaleza, secularmente interrumpida. Numerosas son las señales que hablan en tal sentido. Sólo cabe preguntar si Europa tiene aún la fuerza suficiente para desarrollar esos

gérmenes. No se trata de contestar esta pregunta —cosa que aún no es posible— pero sí de considerarla reflexivamente, lo que ofrece una apreciable interés para nuestras reuniones. Y en caso de que se quiera comenzar con estas consideraciones, lo que primero se impone es examinar el instrumento con el cual se ha de construir la nueva época, es decir que, como manifesté al principio, debemos examinar el lenguaje. El espíritu de los idiomas es una de las señales que delatan la dirección de la corriente, y acaso sea la más segura. Desgraciadamente no es muy favorable lo que este espíritu pone de relieve en cuanto a la posibilidad de un elevado desarrollo cultural en Europa. Me veo en la obligación de introducirlos un poco todavía en el galimatías de palabras con el objeto de hacer comprensible mi pensamiento. Y ruego que no se tome a mal el hecho de que haya escogido la lengua alemana para ese fin. En lo que alcanza mi conocimiento de las lenguas extranjeras. Puedo asegurar que en ella sucede exactamente lo mismo.

Más arriba hice ya mención de la palabra *alemán*. No resulta extraño que el polaco Kantorowicz pase por alemán, mientras que Gottfried Keller o Karl Spitteler o Boecklin se llamen suizos. Todo ello es, por lo menos inexacto. Kantorowicz es y seguirá siendo polaco y, en el mejor de los casos, es un súbito estatal del imperio alemán, pero nunca alemán. Keller es alemán, de punta a punta y además ciudadano de Suiza. Confundir la significación de Alemania con lo que abarca geográficamente lo que conocemos como imperio alemán es una grave falta idiomática que con el curso del tiempo, tendrá seguramente consecuencias al convertirse en errores de pensamiento y errores en la acción. Las negligencias en el hablar abren aquí un abismo artificial que con el tiempo resultará difícil de salvar.

En este caso el lenguaje se muestra vacío de pensamiento. Y también se nos ocurre que estos casos deben de existir a millares. Nosotros hablamos, por ejemplo, de que el Sol sale y de que la Luna sale. Ello es sencillamente estúpido. Son dos procesos contrapuestos. La Luna efectivamente aparece o sale en razón de que gira alrededor de la Tierra. Pero el Sol está detenido, y entonces nos volvemos hacia él. Sólo un idioma carente de pensamiento puede caracterizar de modo semejante dos acontecimientos tan opuestos, tan diferentes. De ahí que no resulta sorprendente el hecho de que el descubrimiento de Copérnico no haya penetrado todavía en la cabeza de los hombres. Recientemente me sucedió contarle a cierto conocido que yo había ido de Dortmund a Ámsterdam. Semejante cosa es algo absurdo. En toda mi vida, nunca he ido tan lejos. O bien sucedió que un enfermo me hizo saber que había pasado una noche horrible, y después resultó que había estado una hora desvelado. Mal síntoma si se espanta de semejante cosa. Espanto y temor. ¡ay! que angustiada generación ha de ser ésta si uno ha de darle fe al lenguaje... Actualmente el hombre se divierte de una forma *tremenda*, un nuevo traje le parece *terriblemente* hermoso.

Ya no sabemos el significado de las palabras, nuestro lenguaje no piensa. Querido amigo, me dice ocasionalmente alguno, incurriendo en doble mentira, y en difamación de dos sublimes conceptos, el del amor y el de la amistad. Ese sujeto, ni me ama ni yo soy su amigo, y claro está que usa las palabras en broma. El corazón parece que nos fuera a estallar cuando consideramos la hueca desfiguración de que es objeto la palabra amor. Días pasados le contaba a mi mujer que había visto el señor López conversando con la señora Pérez; y era un absurdo porque ninguno de los dos había conversado; conversar es algo completamente diferente de hablar. Si, casi tras cada palabra tengo que decirme: cállate, ya estás hablando tonterías. Tantas son las frases que he compuesto esta noche, tantas son las vaciedades que han visto la luz. Y del mismo modo sucede por doquier y entre cualquier calidad de hombres. Hagan ustedes una vez tan solo la tentativa y observen lo que el otro o lo que ustedes mismos dicen, y cada tres palabras detectarán un error de pensamiento. O bien tomen algo impreso, y no por supuesto un periódico, en el cual ya se sabe que todo es falso; no, sino la obra de algún gran poeta, para mi gusto Keller, o el mismo Goethe. Para no hablar de Nietzsche, admirable artista del lenguaje. Sencillamente se echarán a reír, tantas son las tonterías que hallarán en la primera página. Ello constituye una considerable señal de nuestra capacidad de desarrollo. Cuando un lenguaje se ha convertido de punta a punta en algo no sostenido por el pensamiento, cuando las palabras ya no expresan lo que significan, entonces apenas le quedan esperanzas acerca del futuro. No se trata ya sino del pueril balbuceo de la vejez. No podemos ya separar con precisión el significado de las palabras; estas fluyen desordenadamente, las unas sobre las otras; no existe ya en ella savia ni energía alguna.

Este envejecimiento se revela también en otras particularidades de nuestro hablar. Nosotros exageramos las denominaciones. A causa de que las palabras son huecas y carecen de resonancia, las frases tienen que ser ruidosas. Presten ustedes un poco de atención a la cantidad de superlativo utilizado en nuestro hablar. ¡Cuántas veces nos ha pasado que experimentamos la *mayor hermosura*! ¡Cuántas veces hemos dicho de algo que era *fabulosamente estúpido*! ¡Cuántas veces hemos hallado *envidiable* un talento o felicidad mediocres! Pero qué diablos, un lenguaje semejante no puede encontrar nada envidiable! Y además falta agregar eso de encontrarlo todo *maravilloso*. Por otra parte, en modo alguno creemos en lo maravilloso, por desgracia, sin duda por desgracia, ya que estamos rodeados de cosas maravillosas.

Todo eso es malo, pero lo peor de todo consiste en que a través del lenguaje han perdido su valor los más preciosos sentimientos y energía de los hombres. Ya me he referido al amor y la amistad, pero vamos a tomar el milagro, lo maravilloso. Nosotros admiramos a una mujer hermosa, admiramos un bello paisaje, un cuadro excelente, una mesa bien servida, un champagne bien helado y un tapiz ejecutado en cuero. En ese sentido se ha llegado tan lejos que en términos generales, ya no podemos admirar nada. Somos tan sobrios y arrogantes los unos con los otros y todos entre sí, que ya no somos capaces de admirar, aunque podríamos aprenderlo en cada brizna de hierba y en cada pulga. La más hermosa propiedad del hombre: el poder admirar, ya no la poseemos. Sólo imaginamos que lo hacemos. Estamos real y completamente empapados de la seudosabiduría del *nil admirari*, no admirarse ante nada. Nosotros, desde luego, no hemos sido tan lejos como los ingleses con su *very fine indeed* o como los italianos con su *bellísimo* y con su *stupendo*. Pero no obstante, tenemos que confesar que un idioma que maneja de semejante manera los conceptos, es infantil, caduco por la edad. No tenemos ya sentimientos correctos, juveniles y por esta razón nos embriagamos artificialmente con las palabras. A dónde lleva todo ello, resulta muy claro saberlo. Ante todo, conduce al falso pensar y paulatinamente al falso ver y al falso oír. Convézanse ustedes del escaso número de hombres que pueden ver y oír, de los muchos que no saben diferenciar lo redondo de lo cuadrado, aun cuando se empeñen en lograrlo, de los muchos que brindan su aplauso a la mala música simplemente porque está exagera, de los muchos que tienen a los hombres malos por buenos simplemente porque saben usar las frases. Hay que estar dotado de una buena facultad de confiar para seguir esperando mucho del futuro, con todo esto a la vista. La palabra individual ha perdido su valor. Por desgracia ello no es bastante. También lo ha perdido el dialecto individual, desde luego; todo el mundo se empeña en aniquilarlo, con el Estado a la vanguardia y los ilustrados por detrás. De vez en cuando se nos ocurre que cometemos un atentado cuando al tronco original lo privamos de su peculiaridad, pero a pesar de todo continuamos alborotando entusiasmadamente en favor de las escuelas comunes y la formación general de todas las capas sociales. Se observa allí una de las corrientes de la época y por cierto una que realmente arrastra al fin, o sea la liquidación de las diferencias de la jerarquía sobre cuya base descansa, si no el mundo, al menos la cultura. A decir verdad se trata de un espectáculo penoso. Así como la indumentaria de nuestra época elimina paulatinamente todos los trajes regionales, de suerte que sólo algunos pobres diablos ilusos hacen la tentativa de mantener viva la indumentaria regional, así también andan las cosas con el lenguaje del pueblo —algo más despacio, pero con igual seguridad— y ya hay que calcular los tiempos en que el alemán de la Cámara sajona, aguado y lavado de todo pensamiento, un pensamiento que aún era visible en Lutero, se hable en todas partes, pues los pocos buenos talentos y poetas probablemente nada pueden hacer cuando el comercio y sobre todo la escuela, propagan el lenguaje del Alemán escrito.

La escuela, la educación, sobre todo nuestras madres. Ya no satisface ni basta el solo hecho de exterminar el dialecto, sino que además, el empeño se concentra en aniquilar la misma lengua madre, con toda inocencia, claro está, con toda inocencia estúpida. ¿Hay algo mejor conforme a los conceptos modernos que hablar idiomas extranjeros? Para los alemanes actualmente resulta difícil expresar su pensamiento en su propio idioma, de un modo aproximadamente correcto. En una lengua extranjera no consigue hacerlo nunca. En el idioma extranjero habla de manera todavía más inexacta que en el propio; muy a menudo el uso de la palabra no se cubre con el concepto que se piensa. Cuando estamos hablando en inglés y no aceptamos con la expresión correcta, entonces sin pensarlo mucho echamos mano de otra cualquiera, y esto con tanta mayor seguridad cuanto mayor sea la fluidez con que lo hablamos. Para el caso particular ello no reviste importancia. Entre nuestra gente culta es raro que se diga alguna cosa personalmente pensada, de suerte que

en última instancia da lo mismo que repitan maquinalmente en alemán, inglés o francés, ideas ya hechas. Cuanto más se generaliza la costumbre de hablar lenguas extranjeras, tanto más crece el peligro de que la carencia de pensamiento se extienda a círculos que todavía poseen cierta conciencia intelectual, y sobre todo de que el hombre que piensa sea arrastrado al descuido negligente en materia de palabra y pensamiento. Actualmente ya no es posible que un hombre respetable hable inglés o francés atropelladamente, pero hablar con fluidez resulta tanto más difícil cuanto más acostumbrados se está a reflexionar. El hecho es conocido. Goethe, aunque procuró aprender siempre, desde su más tierna infancia, nunca logró sino con mucha dificultad sostener una conversación en francés e italiano, para no hablar del inglés, y Nietzsche no lo consiguió ni siquiera una sola vez, aunque residió por mucho tiempo, tanto en Italia como en Francia. Según nuestro punto de vista, tales personas se verían forzadas a chapucear para no incurrir en el ridículo. Por mi parte, pienso que una sola falta de Goethe o de Nietzsche contra su propia conciencia intelectual daría lugar a daños más lamentables, por ventajoso que pueda resultar para una muchacha el conversar con soltura con un galanteador extranjero. Claro está que se sostiene que la irreflexión no está contenida en la naturaleza de la mujer, sino que se trata tan solo de una consecuencia de su esclavitud intelectual. Si esto fuera cierto, el aprendizaje de lenguas extranjeras vendría a ser el medio más seguro para seguir manteniendo a la mujer en su esfera de esclavitud espiritual. A nosotros los hombres, todo eso nos conviene. Cada palabra irreflexiva mueve en nosotros pensamientos y acciones, supuesto el caso se entiende, de que sintamos amor por la boca que habla... Aún me sería posible robustecer mis consideraciones contra la probabilidad de un incremento de la cultura, sirviéndome de algunos rasgos de las costumbres idiomáticas modernas, pero prefiero indagar si hay realmente algo consolador en estas costumbres. Al respecto se me ocurran dos cosas. Una de ellas, ya dicho anteriormente es la aspiración tendiente a inventar un lenguaje universal haciéndolo accesible al uso general. Sin más surge con evidencia que resultaría más beneficioso para nuestra formación espiritual, y casi quisiera decir para nuestra moral, si solo tuviéramos que aprender una lengua extranjera y precisamente una que no tuviera tantos matices propios de la masa, tal como sucede con nuestros idiomas modernos. De ese modo resultaría menos dificultoso decir la verdad. Pero por desgracia, frente a ellos se levanta esa fuerza poderosa que tan bien conoce nuestra época: la vanidad de la mujer. En virtud de que ésta quiere demostrar su igualdad intelectual con nosotros, seguramente renunciará al único campo donde sin duda ella es superior a nosotros, es decir, el charlar suelto en lenguas extranjeras, y no por cierto en beneficio de una mayor conciencia intelectual o de la verdad.

El otro hecho que deseo mencionar, y que me llena de esperanzas, es el uso de palabras extranjeras. Una lengua que, como la alemana, se halla en condiciones de asimilar masivamente las palabras de otros pueblos y apropiárselas de suerte que se convierten en voces alemanas, no puede con justicia ser llamada senil. En modo alguno comparto la moderna costumbre de rechazar las palabras extranjeras. La exageración es perjudicial, pero por cada palabra extranjera que se gana positivamente para el idioma, yo siento una sincera alegría. Y no veo por qué vocablos como *Nation* o *Mikroskop* no habrían de ser considerados como buen alemán. La comparación con los decenios o siglos anteriores resulta sumamente ilustrativa. Una palabra que en el lenguaje de Goethe nos suena extraña, no resulta ofensiva al ser empleada por el hombre moderno. Y si se piensa bien qué clase de alemán se ha hablado antes y después de Goethe, un alemán mechado de voces francesas y entrecortado por frases galicadas —todo ello tiene que haber sonado muy parecido al moderno alsaciano— hemos de reconocer que en esa materia nosotros hemos adelantado.

En esa materia, y en algo más. Quien haya leído y seguido el desarrollo de la literatura de los últimos treinta años, habrá de convenir en que, los escritores, por lo menos los de mayor calidad, desde hace algunos años se han hecho más conscientes en el uso del lenguaje. Ese es un hecho seguro. Y téngase en cuenta que con esta mayor conciencia en el uso de la palabra, se ha producido de manera espontánea entre los poetas y artistas una creciente acuidad de pensamiento, un mayor esmero en la composición, en el manejo de las ideas y en la selección del material. Vale la pena adentrarse, por vía de una exposición aparte, en este crecimiento del arte y sus causales.

Si me fuera lícito reducir a una fórmula concisa está presente charla, con miras a que pudiera convertirse en una especie de convicción, esa fórmula diría aproximadamente así: Somos bárbaros, pero tenemos ante

nosotros la posibilidad de una cultura genuina. Es cierto que el instrumento más importante, el lenguaje, la palanca de apoyo para dicha tarea, casi falla por completo. Pero probablemente después irán apareciendo otros medios de mayor aplicabilidad al espíritu y a la verdad.

Publicado en: Georg Groddeck. Estudios Psicoanalíticos sobre Arte y Literatura. pp.23 - 41

Selección y notas de presentación de Egenolf Roeder von Diersburg.

Traducción: Norberto Silveti Paz.

Colección Prisma. Monte Avila Editores C.A. Caracas. Venezuela. 1975

Volver a Artículos sobre Georg Groddeck

Volver a Newsletter-23-ALSF-ex-77